





## LA CANTIDAD HECHIZADA



JOSÉ LEZAMA LIMA

Portada: *Lavanderas*, Arístides Fernández

© de los textos: Herederos de José Lezama Lima

© de la edición: Leonor A. Ulloa y Justo C. Ulloa

© de la idea y concepción de los *Ensayos completos*  
de José Lezama Lima: Editorial Confluencias, 2013

© para la introducción y la edición de cada uno de los ensayos:  
sus respectivos autores

© Editorial Confluencias, 2015

Diseño y maquetación: Carlos Pranger

Corrección ortotipográfica: Pedro Martín Giraldez

[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Impreso en Sevilla, España

ISBN: 978-84-944413-9-4

Depósito Legal: AL 1083-2015

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JOSÉ LEZAMA LIMA

LA CANTIDAD HECHIZADA

VOLUMEN  
IV

EDICIÓN CRÍTICA, INTRODUCCIÓN Y NOTAS  
DE  
LEONOR A. ULLOA Y JUSTO C. ULLOA

  
CONFLUENCIAS  
EDITORIAL





*A Daniel R. Reedy*  
*A Justin*  
*A Sandra*  
*A Jonathan*



## CONTENIDO

Introducción	15
Criterios de edición	35

### I

Preludio a las eras imaginarias	43
A partir de la poesía	91
La imagen histórica	125
Introducción a los vasos órficos	155
Las eras imaginarias:	
Los egipcios	185
La biblioteca como dragón	245

### II

Paralelos: La pintura y la poesía en Cuba (siglos XVIII y XIX)	315
Don Ventura Pascual Ferrer y <i>El Regañón</i>	389
Prólogo a una antología	431
Juan Clemente Zenea	523
Ramón Meza: tersitismo y claro enigma	613
Arístides Fernández (1904-1934)	637
Homenaje a René Portocarrero	679

### III

Saint-John Perse: historiador de las lluvias	765
Cortázar y el comienzo de la otra novela	791
Confluencias	827

Cuaderno iconográfico	869
Índice de referencias	925
Índice onomástico	933
Colaboradores	981

José Lezama Lima  
*La cantidad hechizada*



## INTRODUCCIÓN

**L**A CANTIDAD HECHIZADA se publica por primera vez por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), bajo el cuidado de Dulcila Cañizares, en junio de 1970. Esta edición consta de cinco mil ejemplares y recoge artículos de temática variada previamente publicados por Lezama en distintos órganos literarios desde 1949 hasta 1968. Los textos de *La cantidad hechizada* fueron también recogidos en 1977 por Cintio Vitier en el tomo 2 de las *Obras completas*, por las que citamos en esta edición.

La colección de ensayos está dividida en tres secciones respectivamente dedicadas a la poesía; a las artes plásticas y a escritores cubanos; y a escritores extranjeros que atrajeron la atención de Lezama a través de esos años de su carrera literaria. En las tres secciones, pero especialmente en la primera, el poeta va develando la importancia de la sustancia de lo intangible en su concepción poética, porque como nos dice en 1956 en su ensayo “La dignidad de la poesía” —no recogido en esta colección—, “[l]a poesía tiene que empatar o zurcir el espacio de la caída” (762), es decir, la poesía es la que va a permitir un acercamiento entre el mundo existente y el irreal, va a rellenar el vacío entre el mundo de lo sagrado y de lo profano, va a subsanar la fragmentación inicial. De ahí que considere que la “primera aparición de la poesía es una dimensión, un extenso, una cantidad secreta, no percibida por los sentidos” (762). Esta denominación de la poesía como “cantidad secreta” es la que justifica el título de la colección *La cantidad hechizada*. La poesía será, en la concepción lezamiana, el testimonio visible o “la duración entre la progresión de la causalidad metafórica y el continuo

de la imagen” (822) y, será, por consiguiente, el punto de enfoque primordial desde el cual se leen y al cual se subordinan la historia y las culturas universales. La historia y las culturas se examinan en su mayoría a través de contrapuntos que, mediante la acción del sujeto metafórico o método comparativo, logran extraer una imagen renovada de la realidad. En la totalidad de su obra aparece el convencimiento firme de que todo espacio vacío, todo intersticio, toda faceta desconocida ofrece un misterio, una cantidad hechizada llena de posibilidades que la imagen puede encarnar y revelar. La concepción de la imagen se da como una especie *del ente del no ser*, como una sustantivación de lo inexistente, como una expresión perceptible que petrifica y materializa en el poema esa extensión del mundo de lo intangible.

Es lugar común de la crítica inscribir la creación literaria de Lezama dentro de las coordenadas del catolicismo. Muy poco se ha dicho, no obstante, sobre cómo se manifiesta ese catolicismo. En su “Introducción a la obra de José Lezama Lima” en *Obras completas*, Cintio Vitier ha señalado someramente la relación entre las creencias poéticas de Lezama y las enseñanzas de san Pablo:

El mundo poético de Lezama parece como si se remontara al momento del discurso de San Pablo en Atenas, cuando el dios desconocido, previsto entre los “dioses desdeñosos”, se identifica con el Dios único, el del amor y la resurrección, el encarnado. Es un mundo que se mueve entre la mitología y la revelación, entre un cristianismo de raíz mariana, materno, vocado al cuerpo glorioso en la luz, y un orfismo que baja a los infiernos insustanciales en busca de la forma perdida. (“Introducción” xxxviii-xxxix)

Para valorar el impacto del aporte paulino en su concepción de la imagen encarnada conviene repasar varios fragmentos de las Epístolas paulinas y de su ensayo “La dignidad de la poesía”. En este último, Lezama escrutina variados principios poéticos y filosóficos a través de la historia. A contracifra de lo que encuentra en ellos,



las Epístolas y los discursos de san Pablo son los que le ofrecen aseveraciones que sobrepasan esos enunciados, especialmente las que se refieren al concepto de fe entre los cristianos.

El discurso del apóstol san Pablo ante el Areópago en Atenas para confrontar a filósofos epicúreos y estoicos testimonia la fuerza de la fe y la creencia firme en que el “dios desconocido” es el Dios de la resurrección (Hechos 17, 16-34). Del mismo san Pablo provienen las famosas frases del “Himno de la Caridad” (Primera Epístola a los Corintios 13, 7): “[la caridad] todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta”; y de la Epístola a los Hebreos (11, 1): “La fe es garantía de lo que se espera; *la prueba* de las realidades que no se ven” (nuestro énfasis). Como queda claro, de las epístolas paulinas proceden conceptos fundamentales para el ordenamiento de la poética de Lezama: 1) la fuerza impelente de la fe; 2) el potencial de la fe como prueba palpable de las realidades que no se ven o encarnación-sustantivación de lo invisible; 3) la caridad como apoyo de la fe; y 4) la creencia en la plenitud corporal en la resurrección.

En “La dignidad de la poesía”, Lezama concibe al poeta “como guardián de la sustancia de lo inexistente como *possibiliter*” (774). El poeta es el intermediario entre lo conocido y lo desconocido, entre el mundo sagrado y el profano. Es el iluminado que se adentra en terrenos no hollados, como querían hacer los simbolistas franceses a fines del siglo XIX —especialmente Charles Baudelaire (1821-1867) en su poema “Le voyage” y Arthur Rimbaud (1854-1891) en su “Bateau ivre” en busca de respuestas a sus interrogantes—, pero la indagación en Lezama es de carácter diferente: anhela adentrarse en lo inconmensurable, en terrenos no transitados u hollados por el hombre, descender a los infiernos a la manera órfica y de ahí surgir portando la imagen de lo incognoscible o inexistente elaborada por el hombre de la resurrección.

La sustancia de lo inexistente se concibe en sus ensayos como un “existente sustantivo” o encarnado por la fe. Para Lezama,

“[l]a sustancia de lo inexistente, la vieja y no superada definición de la fe” (“La dignidad” 771), aludida por san Pablo, supera los conceptos del mundo griego y sensorial y es enemiga de toda síntesis. Por la fe todo imposible es posible. La importancia de la fe y la posibilidad de encarnar por medio de la imagen el vacío que la caída originó abre la posibilidad para Lezama de penetrar con su poesía en esa extensión desconocida que se ha abierto entre el hombre y el mundo de lo sagrado. Ante el abismo del vacío, de lo insondable, Lezama responde con una literatura de la imagen fundamentada en la fe y en la resurrección. Una literatura en que la encarnación de la imagen se convierte en un rito, en un acto naciente de transustanciación. La fe, o sea, ese acto que dota de sustancia a lo inexistente, infunde su gravitación a otros recursos poéticos. Es decir, establece una cadencia de credulidad en que para el poeta cualquier imagen ya es posible.

Una vez subrayada la importancia de lo inexistente y la resurrección en su sistema, Lezama se detiene en el mundo teocrático de los etruscos, donde otro concepto —el *potens*— viene a enriquecer su sistema poético. El *potens* o potencialidad infinita, el condicional *si es posible* aunado a la fe, lo lleva a aseverar que el poeta es el *potens* de los colegios sacerdotales etruscos, el que hace posible la encarnación de la sustancia de lo inexistente. Poco a poco va creando un campo operatorio de caracteres netamente hiperbólicos e hipertélicos. O sea, añade atributos de desmesura y elementos que además de mostrar un grado extremo de ornamentación van más allá de su utilidad. Por tanto, no es de extrañar que al situar en el terreno de la hipertelia y de la duda hiperbólica todo acercamiento poético concluya con la idea de que la desmesura primordial, ese estado de prefiguración y superación de lo informe, es parte sustancial de la poesía.

A través de las características que Lezama define como inherentes a la poesía (la fe con todas sus derivaciones y posibilidades,

la hipérbole, la hipertelia, la desmesura) se hace evidente que el sistema poético que propone quiere sobrepasar los límites de la lógica y los principios de causalidad. El sistema quiere abolir la temporalidad y las limitaciones. No sigue los preceptos de la causalidad aristotélica. Tampoco quiere ser teológico, ni histórico, ni filosófico. Lezama mismo ha señalado en diversas ocasiones que el desarrollo de su poética, fundamentado en la poesía, parte de las mismas posibilidades que ella ofrece. Quiere adentrarse en un terreno donde florezcan otras posibilidades interpretativas o creativas no consideradas por críticos o poetas.

### *Causalidad poética*

En el primer ensayo de *La cantidad hechizada*, “Preludio a las eras imaginarias” (1958), Lezama analiza el pensamiento aristotélico del que solamente parece interesarle el concepto de las equivalencias, o sea, el método comparativo. Lo que más le incumbe es menoscabar la importancia que se le ha atribuido a la causalidad, al continuo, lo condicionado o concatenación de nexos causales en los escritos de Aristóteles. Para ello se vale, entre otras, de las ideas del filósofo Francis Bacon en su *Nuevo instrumento* (1620) para subrayar la importancia del azar o sorpresa (*experimenti sortes*) en el debilitamiento de la lógica en los encadenamientos causales. Según Lezama, el *experimenti sortes* es “[. . .] en su apariencia una refutación a la causalidad aristotélica. Suerte, sortilegio, parece como si llevase el azar entre una causalidad sucesiva y otra simultánea, que penetra como un cuerno de marfil en una ingle hirsuta” (“Preludio” 798). Y, al centrar su atención en el incondicionado poético, su sistema convierte la imagen encarnada en piedra de apoyo promotora de una nueva e inesperada causalidad poética lista para apresar lo inefable. “Preludio a las eras imaginarias” es quizá su ensayo más importante en cuanto a la formulación de su sistema. Allí es donde

se elabora el encuentro entre la causalidad aristotélica y el incondicionado poético. Al valorar a los contrincantes en esta batalla ideológica, Lezama atribuye la supremacía de lo incondicionado a sus atributos católicos.

Concebido de modo alegórico, el ensayo se construye como una batalla entre dos antagonistas igualmente representados: la causalidad y lo incondicionado. Con gran habilidad, Lezama entretiene bloques ideológicos para cada contrincante y los enriquece con infinitud de detalles estéticos que contribuyen al gozo de su lectura. Así gran parte de su presentación se ocupa de la descripción de los dos ejércitos contendientes con características bien definidas: uno con cabalgatas adornadas con paramentos visibles, ancestrales, hieráticos y fastuosos (la causalidad); y el otro provisto con visos lejanos, enloquecedores e inapresables (lo incondicionado) —como la interacción de amarillos (la luz, lo estelar) con la variación de azules en la pintura de Van Gogh (la lejanía, la penetración en lo oscuro, el azul que devora)—. Toda la alegoría desemboca en la escena final del encuentro bélico, en el que se engendra lo que Lezama denomina “el monstruosillo de la poesía” (“Preludio” 809): “[e]se combate entre la causalidad y lo incondicionado, ofrece un signo, rinde un testimonio: el poema” (“Preludio” 810).

En el momento en que la causalidad es impregnada por lo incondicionado es cuando se crean dos posibilidades de igual importancia en su sistema: una en que la causalidad esclarece lo incondicionado y otra en que lo incondicionado esclarece la causalidad (“Preludio” 816-17). En el primer caso, la causalidad actúa sobre lo incondicionado y se vale de lo que Lezama ha denominado *vivencia oblicua*, es decir, sistema de asociaciones causales creadas para responder a un fenómeno irreal; mientras que en el segundo caso, lo incondicionado actúa sobre la causalidad por medio del *súbito*, azar o esclarecimiento sorpresivo e inesperado

que rompe pero enriquece la lógica de los encadenamientos causales. El *potens* o “incondicionado condicionante” viene a jugar aquí un papel definitivo, ya que es el que pone en movimiento y hace posible la *vivencia oblicua* y el *súbito*. Armada con estos instrumentos, la poesía avanza en su concepción hacia lo desconocido. Faltaba situarla, sin embargo, en una dimensión sobrenatural, la de la resurrección:

Al llegar el ser causal, el decidido dominador de toda causalidad, a causalizar, por la invasión de la Suprema Esencia, el mundo de lo incondicionado, adquiriría unos dominios tan vastos, que solo la resurrección podía ser la guardadora de su ímpetu, que llegaba a las grietas por donde se esboza lo frío descendido. Solo el poeta, dueño del acto operando en el germen, que no obstante sigue siendo creación, llega a ser causal, a reducir, por la metáfora, a materia comparativa la totalidad. En esta dimensión, tal vez la más desmesurada y poderosa que se pueda ofrecer, el “poeta es el ser causal para la resurrección”. (“Preludio” 819-20)

Valiéndose principalmente de la metáfora y su imantación comparativa, solamente el poeta, según Lezama, puede intentar reducir la totalidad, hacerla asequible.

La instancia reiterada de que sea el poeta en la plenitud de la gracia y de que su objetivo final sea la búsqueda y expresión de la imagen de la resurrección, la cual puede regular sus ímpetus y evitar un peligroso desbordamiento, proviene de un temor raras veces expresado, pero latente en Lezama de que sus pesquisas se conviertan en intentos icáricos y corran el riesgo de descarriarse. Esto explica hasta cierto punto su invocación al final de su ensayo “La imagen histórica”: “Oh alma mía, intenta ya tan solo lo imposible, diremos agrandando el reverso de la frase de Píndaro, y lleva la poesía a la resurrección, ya que el conocimiento posible se ha convertido en Ouroboros y baila como la serpiente ante la flauta del Maligno” (“La imagen histórica” 852).